



VERSO Y PROSA



Vendimia

MAYAGUEZ, P. R.

1921

Verso y Prosa

POR

PABLO ROIG

y

Joaquin Monteagudo

ALTAMARES

MUÑECA DE SEDA

La guitarra andaluza y el sueño de Granada;
el mantón con que bailas y el cielo de Sevilla;
tu traje de Pierrot y tu media bordada;
tu zarcillo de nieve y tu liga amarilla

proclamáronte Reina del couplet y la gracia,
y al llegar la paloma del frenético aplauso
desenredas galante tu fina aristocracia
y exhibes tu propicio zapatito de raso...

¡Oh frágil muñequita de seda y de cristal!
El pulido secreto de tu fama triunfal
lo bordó la simbólica dulzura del Destino...

Por eso las profundas noches de tus ojeras
parecen el lenguaje de todas las quimeras
forjada por la bruja Lámpara de Aladino...

Princesa del Couplet

Consuelo Meyendía, la del fino couplet;
la de siete colores en su rubia peineta;
la que dice un embuste con su risa secreta
cuando sale cantando su canción "Flor de Té."

Consuelo Meyendía, la del fino cantar;
la del ritmo sediento; la de airón de manola;
la de nombre de reina; la de copla española;
la de negros cabellos; la de clásico andar...

¡Princesa del couplet! Consuelo Meyendía...!
Tu cuerpo de azucena es flor de Andalucía
y es bebedizo loco que araña el corazón......

Porque todos tus guiños llevan flechas mortales
que mutilan los grandes Pecados Capitales
bajo el ala de fuego de tu linda canción......

TU TIERRA

Tú llegas de la tierra de la fama y la flor;
donde están los amores tras la reja florida;
donde el greve Don Juan jugábase la vida
por la primer promesa de una cita de amor....

Tú llegas de la tierra del rojo madrigal;
tú aprendiste el gorjeo de un tric trac de navaja,
y tu copla más fina se jugó a la baraja
cantando tú, "La Luna," en un gran Carnaval...

Tú llegas de la España de la negra mantilla,
donde se alegra mucho la loca manzanilla
y la gris pandereta, y el guapetón primero......

Donde corre a los toros la manola morena
con mantón de Manila y olorosa a verbena
soñando ser la novia del último torero......

Salón Antiguo

¡Cargado de silençio está el salón antiguo!
Sus muebles son filósofos cansados de pensar;
Cuando suben los pasos por el portal exiguo
talmente ellos saludan sin querernos mirar.....

Hay un sillón muy viejo que ostenta una corona.
Quizás si era el dinástico sillon de una princesa
que tuvo su reinado dentro de la grandeza
de lances quijotescos, de lanza y de tizona......

En la obscura penumbra duerme olvidado un
(piano
que percibió la suave caricia de una mano
gentil, ébria de cera, de sándalo y de guante.

Y en un cobrizo marco perfila su arrogancia
un Mosquetero antiguo de los tiempos de Francia
que tuvo cien combates con cien hombres
(delante.......

AS HOJAS SECAS

¡Se fué la Primavera! El florido
dín de la ilusión solo está tríste,
s mi alma un ciego ruiseñor dormido
la noche profunda que le diste....

Se fué la Primavera! La esperanza
nariposa que quemó sus alas
los braseros de mi malandánza
el dorado fuego de tus galas....

¡Se fué la Primavera! La arboleda
me saluda con sonrisa de seda
y con sus hojas secas de pasión....

La arboleda gris que vive soñando,
como yo, que estoy siempre deshojando
las hojas secas de mi corazón...,

A MI RELOJ

Antiguo filósofo de bigote de acero
que sabes engranarte con la vida y la muerte,
tú que arrastras el río del amor y la suerte
y que pudres de viejo mi corazón sincero ...

Tú que fuiste valiente compañero en la andanza
que en la reja tuvieron el Romeo y don Juan,
tú que siempre pastoreas con tu fúnebre danza
y eres todo exacto como un gran Capitán......

Cuando tus rubias ruedas sabiamente gruñendo
detenerse pretendan en mitad del horrendo
y glorioso fastidio de mis tedios de frac,

suicídate tú mismo como un vencido atleta,
y no te olvides nunca que a la muerte coqueta
yo la desprecio tanto cual tu intenso tic tac......

EN LA PAZ DEL JARDIN

Pusimos nuestro amor todo galante
a la sombra de la estatua desnuda,
y urdió tu beso de pasión fragante
el terciopelo de la noche muda......

Las madreselvas del jardin exiguo
poblaron la blancura de tu mano
cuando la fuente retrató tu antiguo
y magdalénico perfil pagano....

Mas tarde en la noche fría y oportuna
guiñó bajo la araña de la luna
un viejo lucero encendido y rojo,

y luego como tibias primaveras
la audacia insigne de tus dos ojeras
hirió mi corazón lleno de enojo.

La Nochebuena del Poeta

Hirió el silencio el puñal de tu risa
cuando imperaba el fantasmal derıoche,
y rezaron los bronces de la misa
bajo el carbón insigne de la noche.....

El argumento se inició en la sombra,
y al querer penetrar en la porfía
deshojóse sobre la tibia alfombra
la faunesa de tu coquetería ...

La paz del molino supo tu queja,
y al enredarse la luna en tu reja
como un sabroso chal de plata y fuego,

El alma de un beso todo de rosa
en tu alcoba gentil fué mariposa
y en tu boca fatal fué como un ruego......

FLOR DE RECUERDO

Se enardeció la noche en tu mirada
al iniciar la pulcritud del tema,
mientras tu pie sobre la alfombra crema
parecía como una flor morada.

La tortura del cuento urdió la trama
rondando en el tumulto de la hora,
y prestigio su orgullo la sonora
y atrayente tigresa de tu fama.

Imperativa te tornaste luego,
y al recordar la gracia de tu ruego
bajo el gris abanico de la tarde,

aletargó tu boca a flor de labio
el abstracto arcoíris de tu sabio
y complicado corazón cobarde......

TU RISA

La mariposa sumisa
del embuste de tu boca
desenreda toda loca
la cinta azul de tu risa.

Esa risa que improvisa
toda su alegría en flor
que a veces musicaliza
como un fino ruiseñor..,

Tu risa frágil y fina
olorosa y cristalina
toda hermana de Chopin,

tu risa tan señorial
que deshoja una triunfal
Sonatina de Rubén......

La Balada del Columbia Six

La noche era un gigante de regia contextura
que me había visto pasar bajo su risa obscura....
Y cuando el automóvil enfrenaba su hocico
(y su coraje .....
parecía que dormitaba una estrella en medio
(del boscaje .....
La noche se había vestido de azul y rosa,
y bajo el ala sublime de la carrosa
del Columbia Six,
me agobiaba la simbólica pupila
del recuerdo, y besaba mi impaciencia,
(la intranquila
danza extraña de sú kimona gris......
¡Aquel fué un viaje de mistica locura....!
Ella estaba lejos y me esperaba; en la negrura
de la noche, ese carro tan ágil y tan sabio,
(era como una
góndola de bruñida plata
que sobre la ilusion de la carretera escarlata
llegase con S. M. la Luna.....
La carretera iba desenredándose
como una serpiente de cristal....;
La blanca carretera parecia
que a la vera de la montaña dormia,
y que sobre el precipicio florecia
el fantasma pálido de la alegria
y el bostezo tropical....
Llegamos a San German......!
Sobre el velo de sombras de aquel pueblo
llovia el polvo de oro de todos los luceros,
y en aquella cuesta que parece que sube al cielo
un Truck Selden, con la gentileza de un pájaro
(que eleva el vuelo
subía
con gallardia,

y remolcába facilmente
un Truck de carga que inútilmente
hacia la cumbre subir podía....
El viento era un cuchillo cortando los cristales
cuando pasabamos junto al frescor de los
(naranjales...
Y habia un beso de alivio sobre la tierra en flor;
Era la suavidad del Columbia sobre las Ajax Cord...
¡Ella estaba lejos......!
Pero la fama verdadera
del Columbia en su carrera,
me alivió el desequilibrio de la distancia.
Porque en el camino íbamos dejando
tantos autómóviles, que casi iba soñando
en ser un máxímo Fakir de la arrogáncia....
Y el chauffer que es un maestro de su profesión
perezosamente me hizo esta confesión:
Este carro es elegante, como los caballeros
cruzados de los siglos primeros,
los que pusieron la gloria, el valor y la espada,
a los piés de la reja de la cita amorosa;
o al mandato de una Reina de pasión caprichosa;
o a los pies diminutos de una novia ignorada....
—Este es el más fino, corredor y atrayente;
Este carro es la novedad del delirio y de la mente;
Es la perfección del invento, de la fama y de lo
(''chick;''
Es la poesía práctica del mundo del negocio;
Es la florida primavera del amor y del ocio;
Y por eso es la fama del Columbia Six......
Las horas fueron deletreándose gota a gota;
Y cuando la luna partióse como con un ala rota
para desaparecer,
ya estábamos cerca de la amada que íbamos a ver...
Y respirando el carro como un insecto nocturno
lanzó las dos brasas de sus ojos en turno,
y sobre la carretera
tendió su última carrera......

GOTAS DE MENTA

COLECCION DE CUENTOS

POR

PIRIPITIPI

RECUPERADOS POR

PABLO ROIG

GOTAS DE MENTA

GOTAS DE MENTA

COLECCION DE CUENTOS

POR

PIRIPITIPI



Si dispara ese fusil
después de pensarlo tanto
ya pueden jurar ustedes
que dará siempre en el *blanco.*

LA CARABINERA.

Lo que más miedo me causa en este mundo, es ver a una mujer con el arma en la mano.

¡Oh! Son terribles.

Yo conocí a una célebre tiradora que manejaba la carabina de un modo magistral.

La llamaban "La Carabinera" y era una mujer de primer orden, como habrán visto Uds. por el grabado que precede a este cuento.

Su afán era tirar siempre, de día y de noche, razón por lo cual llegó a adquirir puntería rayana en lo imposible.

Sus tiros llegaron a hacer blanco en diferentes corazones de príncipes y magnates de distintas partes del mundo.

Y todos morían aniquilados y arruinados porque las heridas eran mortales de necesidad.

No había fortuna capaz de resistir el gasto de municiones que necesitaba "La Carabinera".

Y por muy enamorado que de ella estuviera su señor y dueño, tampoco podía resistir eso de tenerla siempre con el arma en la mano.

¡Maria Santísima' que mujer! Llegaba un momento en que a fuerza de tirar se le calentaba la carabina y entonces, con la sonrisa en los labios y sin demostrar el mas pequeño disgusto, la arrojaba lejos de si, y cogía otra para seguir el costoso "ejercicio".

Cosa parecida hacía con sus amantes, cuando, física o moralmente, no le daban el resultado que apetecía.

Cuentan las crónicas que en cierta ocasión se encontró en Rusia con un célebre tirador que daba ciento y raya a los mejores en el oficio.

Pues bien: la hermosa "Carabinera" le envió la siguiente carta o cartel de desafío;

"Amigo y compañero, ¡salud! Tengo entendido que es Ud. el "non plus" de los campeones tiradores, mas yo que también me creo sola, y por lo tanto, tan "non" como Ud. le propongo una entrevista a solas donde jugaremos nuestras armas hasta que se rinda uno de los dos.

"Espera no rendirse su affma.

"La Carabinera".

Ante tal desafío no había medio de resistirse siendo hombre y campeón por añadidura. De modo que el tan celebrado tirador, bien provisto de armas y municiones, se presentó a su original competidora.

El duelo duró mas de tres horas, al cabo de las cuales se presentó el fornido campeón ante un numeroso grupo de sus admiradores que le aguardaban ansiosos de saber el resultado.

—¿Te venció?—le preguntó uno.

—Ella es la que ha quedado vencida y cansada pero por mucho tiempo.

—Eso es imposible,—añadió otro.

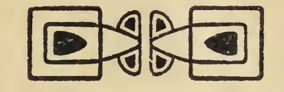
—No lo creemos—dijo un tercero.

—Algo habrás hecho que no sea legal.

—Os confieso,—dijo el campeón, que he vencido, merced a una martingala que yo conozco.—Cuando me quedo sin arma y sin municiones, hago con la lengua el chasquido de la cápsula de tal modo y con tal maestría, que engaño al mas famoso tirador.

—¿De modo que has vencido a la hermosa "Carabinera".

—Sí amigos mios, gracias a mi especial habilidad. Este es el único modo de vencer a esas incansables tiradoras, y a pesar que para ello se necesitan especiales condiciones, cuenta hoy en día el afamado tirador con infinidad de competidores.





LA CAUSA DEL CALOR.

La Causa del Calor.

Hoy he sabido, leyendo las observaciones de un sabio alemán, el por qué del exesivo calor que nos sofoca

Este sabio se pasa la vida con un ojo cerrado y otro abierto, mirando al cielo por un tubo muy largo y muy gordo que se estira y se encoge.

Pues bien, parece que el Alemán ha perseguido al Sol cuando se retira por la tarde para averiguar lo que hace por la noche......y lo ha conseguido.

El Sol, según el sabio alemán, al retirarsé de nuestra vista se dá un buen baño con varios elementos, se sienta en una banquete y se pone a leer todos los cuentos picantes que se publican en la tierra dedicados a despertar temperamentos viejos y a enardecer pasiones amorosas.

Y, es claro, al caballero Sol no le sirven de nada los baños y se encuentra cada vez con mas ardores.

Noches pasadas, según el alemán, (estos alemanes son la changa) era tal su exitación después de haber leido unos cuentos picantes, que, sin decir en su casa ni media palabra, se vistió el traje de los días de fiesta; y cogiendo la guitarra y el paraguas se dispuso a correr una juerga.

Pensaba poner en práctica esas noches de jaleo que leia en los libros.

No tardó en llegar junto a la ventana del planeta Venus y allí dejó el paraguas, templó la guitarra y se

arrancó por peteneras con todo el estilo de un "cantor', andaluz.

Pero se conoce que Venus no estaba para peteneras y no se dignó hacerle caso al nuevo trovador.

Este, sin embargo, continuó atronando el espacio con sus cantares.

Por cierto que uno de ellos era:

Asómate mi vida,
que aquí está el Sol
dispuesto a detretirte
con su calor.

Calculen Uds. - ¡Cualquiera se asoma después de conocer la copla.

Mas como nadie salia y el Sr. Febo no cesaba en su empeño, se abrió un balcón del piso tercero, apareciendo la Osa mayor, la que sin decir palabra, vació sobre el fogoso cantor un jarro de agua fresca.

—¡Esto es un abuso incalificable!—gritó el Sol.

—Esto lo hago para que nos dejes dormir—gritó la Osa.

—¡Tú habías de ser vejestorio de los infiernos.

—Adiós, nene.

—¿Pero se puede saber porque no sale Venus?

—Porque tiene convidados.

—¿Y yo no puedo pasar?

—¡Imposible!

—¿Pero, por qué?

—Ella dice que tienes muchos años.

—Pero soy el que mas brillo.

—Eso será para la tierra, aquí tenemos astros con mas luz.

—¿De modo que me desprecia?

—Asi parece!

—¿Y no tendrías por ahi alguna estrella que la quisiera correr conmigo esta noche?

—Tenía cuatro y han salido.

—¿Pero no estás viendo, vieja infame, que me abrazo de amor?

—Pues da unos paseitos por el "camino de Santiago" y te refrescarás.

—No te burles, porque soy capaz de hacer una barbaridad.

Y como la Osa mayor cerró la ventana, el pobre Sol rompió la guitarra contra el filo de una estrella y se fué a su casa.

Una vez allí encontró los cuentos causa de sus trastornos.

Y....¿Uds. se figuran que los tiró a la calle?

Al contrario. Los leyó con mas interés que nunca, se hizo la ilusión de que tenía una compañera amorosa y así pasó aquella noche fatal.

Y ahora el Sol se encuentra como un pollito de 17 años, lleno de ardores y sin poder acallar las voces de su espíritu caldeado por las dichosas lecturas.

A la vejez, viruelas.

No hace muchos días recibió por medio de Santos Dumont, otra remesa de libritos, y claro, como cada vez se abrasa más, todas las mañanas, al levantarse del lecho arroja sobre la Tierra cuatro o seis canastos de ardorosos rayos, para descargar su cuerpo.

Y....aquí tienen Uds. la causa del exesivo calor que tanto nos molesta, según el sabio Alemán.

Son la changa los alemanes.

ALUMBRADO SUPLETORIO

Alumbrado Supletorio.

A pesar de que Laura era joven y rica, no tenía amante conocido.

Multitud de galanes jovenes, que no eran del teatro, le habían dedicado sentidas cartas en prosa unas y en verso otras, demostrándole su locura por ella.

Pero Laura coqueteaba con todos y a ninguno le permitía pasar ni un ápice en sus pretensiones amorosas.

Laura, sin embargo, amaba, mejor dicho, se amaba a si misma, como el tan celebrado Narciso de la mitología.

Desnudábase ante el díafano cristal de su espejo y allí pasaba las horas contemplando sus divinas formas.

Esto era una especie de avaricia, como la de los viejos avaros que guardan su fortuna para que nadie pueda disfrutarla.

—¡Oh, que bella soy!—pensaba Laura en sus ratos íntimos. Bien hago en no entregar este bello cuerpo a manos extrañas. ¿Quián mejor que yo sabría conservarlo?

Y la bella Laura se dejaba caer sobre un sofá aplastando con su cuerpo las ropas que antes habían cubierto sus ricas desnudeces, y allí soñaba dichas y placeres que no tenían fin.

Después sus ojos se encienden con un fuego vivísimo, que sería la perdición de los hombres, si lograran contemplarla, y dirige una mirada escudriñadora a toda la habitación.

Todo está en su sitio. Hasta hay sobre la mesa de noche una vela de esperma en artístico candelero.

Nada falta esta noche—dice la joven— y dando media vuelta al interruptor de la luz eléctrica, queda la habitación en completa oscuridad.

Y ustedes preguntarán: ¿habiendo electricidad, para que la vela? A lo que les contesto que Laura no se fía de las interrupciones del moderno alumbrado, y no se acuesta jamás sin tener prevenido el *alumbrado supletorio.*

Como en los teatros ......

Y el que quiera saber más,
que estudie astronomía.





LO INCOMPRENSIBLE.

Lo incomprensible.

—Soy el señor más infortunado de la tierra—me decía el otro dia un amigo.

—¿Te has dedicado a la política? le pregunté.

—Ojalá fuera eso.

—¿Tienes alguna enfermedad crónica en los bolsillos?

—Tampoco, ya sabes que no me falta dinero para mis vicios.

—Entonces, no sé lo que tienes.--Mi amigo sufrió un estremecimiento nervioso y, arrugando la punta de la nariz, exclamó:

—¡Estoy enamorado!

---¿Y no es mas que eso?

—¿Te parece poco?

—Casi nada. ¿Te ama ella?

—¿Quien, Adelaida?

—No lo sé, tu dirás.

—Pues, si. Adelaida no sé si me ama, o que es lo que se propone,

—Pero tu le has declarado el amor que sientes por ella?

—Hasta ahora me ha sido imposible.

—Pues busca una ocasión y verás que pronto sales de la duda.

—No puedo. Esa mujer es incomprensible. A los cuatro días de conocerla, me dejó que le apretara la mano, sonrió de un modo enloquecedor y me llamó pillo,

atrevido y no sé cuantas cosas más. Me parece que mi primera demostración no podía ser más expresiva.

—En efecto.

—Después traté de hablar con ella, pero me dijo que estaba fuera su señora tía y que ella se encontraba todo el día sola con una criada vieja.

—Pues, hombre, haber aprovechado.

—Eso pensé; pero enseguida me arrepentí pensando en lo incomprensible que es la tal Adelaida.

—¿Y no piensas hablar con ella, hasta que llegue la tía?

—No, si la tía ya ha llegado. Cuando supe la grata noticia, fuí al pie del balcón de mi amada.

—"¿Cuando podremos hablar?" le dije.

—"Cuando usted quiera, me contestó.

—"Usted lo ha de decir.

—"Pues, mañana a las tres de la tarde."

—¿Y que tal la entrevista?

—Verás. A la hora indicada por Adelaida, llegué a su casa, llamé, me abrió la criada y me colé.

—"La señora ha salido"—dijo la vieja.

—Otra vez? murmuré contrariado.

—"Pero está la señorita, pase usted.

Y sin aguardar mas, casi a empujones, me llevó hasta el gabinete de la que tanto me hace sufrir. Allí estaba ella en cuerpo de camisa, con el corsé medio desabrochado y más bella e incitante que nunca, te confieso que me quedé sin saber que hacer y como quien vé visiones.

—"Bien pudiera usted haber pedido permiso" exclamó Adelaida, creo que sin enfadarse.

Yo no sé lo que le contesté, pero ella se echó a reir y sentándose en el borde de su cama, murmuró como para ella sola:

—"Dios mío. Aquí sola con él......y mi tía que no viene hasta la noche......"

Comprenderás que aquello no podía estar más claro; me decía que me fuera y asi lo hice, no sé si despidiéndome, porque mi cabeza daba en aquel momento mas vueltas que un molino.

¿Y no has vuelto sobre la carga? le pregunté a mi amigo?

—Verás. Ayer recibí una carta de la incomprensible Adelaida, diciendome que esta mañana me esperaba, a las once, en una linda casita de campo que tiene en las afueras de la ciudad.

—Pues, hombre, la cosa no puede estar más clara.

—Turbia y muy turbia la encuentro yo.

—Explicate.

Allá voy. Con unas ganas terribles de poner término a esta situación, que me está dejando mas seco que un espárrago, llegué a la quinta de Adelaida. Pregunté por las señoras, y la misma criada vieja me dijo que la señorita me esperaba allí, y me indicó una fuente entre unos rosales.

Hacia aquel sitio encaminé mis pasos, pero antes de llegar oí la voz de Adelaida que me llamaba.

Media oculta entre una maleza, en cuerpo de camisa y con el corsé medio desabrochado, se entretenía en destrenzar su abundante cabello. !Que hermosa y que incitante estaba!

—"Como siga usted acudiendo con tal oportunidad, llegará bien pronto a aprenderse mis formas de memoria."

—Yo....no sé....es el caso—exclamé en completo estado de atontamiento.

—¿Y que harémos aquí solos? Mi tía no ha querido venir hoy. Esto dijo Adelaida y yo mas corrido que una mona, volví la espalda y aquí me tienes.

—¿Pero, chico, te has vuelto loco?

—Ella es la que me tiene así. ¿Quieres decirme que es lo que se propone?

—Pues, hijo, se propone buscar una cosa que le hace mucha falta y que contigo no la ha encontrado.

Y dando media vuelta dejé a aquel necio con un palmo de narices.



LA DOCTRINA DE SANTO TOMAS

La Doctrina de Santo Tomas.

Dn. Melchor Castrate, tenía una mujer guapa, jóven y alegre como ninguna.

Y esta mujer tenía un amante que era primo hermano del marido.

Castrate lo supo cuando todo el mundo estuvo cansado de verlo.

Lo que ocurre siempre a la mayor parte de los maridos predestinados.

Dn. Melchor se enteró de que con el mayor descaro solian pasear su mujer y el primo importandole un pito las murmuracíones y el estado de su desdichada cabeza.

—Me han dicho que mi mujer me la pega contigo, dijo en cierta ocasión al descarado amante.

—¡Ay primo! no lo creas—contestó este.

—Es cierto lo que dices?

—Y tan cierto. ¿Quién lo ha de saber mejor que yo; y sino preguntaselo a tu mujer que también t i e n e obligación de saberlo.

Dn. Malchor llamó a Adelaida, que así se llamaba la infiel.

Esta que estaba escuchando salió inmediatamente.

—Me han dicho que me la pegas con este primo, le dijo el marido.

—¡Ay, primo! Digo, !ay! Melchor, no lo creas!

—¿Y como me podrias convencer de lo contrario.

—No lo sé. Pero si lees las doctrinas de Santo Tomás, aprenderás que sin ver no se puede creer.

Después de esta entrevista. Dn. Melchor parecía un perro husmeando un rastro que no encontraba.

—Tu mujer acaba de entrar en casa de tu primo.

—Le dijo un amigo.

Castrate no esperó más y salió en busca de los adulteros para sorprenderlos *in--fraganti.*

Pero el amante al oir la voz del primo por la escalera, cogió a Adelaida y la escondió en un ropero.

—Me acaban de decir que ha entrado aquí mi esposa,—exclamó Dn. Melchor, limpiandose el sudor que corría por su frente.

—¡Ay, primo. no lo creas! le contestó el pariente.

Y le enseñó hasta la última pieza de la casa.

—Te convences ahora, primo?

Si. . . . pero me lo habían asegurado.

—No hagas caso y sigue leyendo las doctrínas de Santo Tomás.

El bueno de Dn. Melchor se quedó unos cuantos días tranquilo; pero otro amigo despiadado le dijo, indicándole un coche:

—¿Ves aquel coche?

—Y a lo creo.

Pues dentro van tu mujer y tu primo.

—En este momento, acertó a pasar junto al marido un coche de alquiler,

¿Ves aquel carruaje?—preguntó al cochero.

—Si, señor—

Pues siguelo, aunque vaya al infierno.

Y el coche salió dando tumbos como alma que lleva el diablo.

El pobre Castrate sacaba la cabeza por la ventani!la sin lograr distinguir ní el coche que con tanto afan perseguía.

La tarde empezaba a declinar y la plateada luna a hacerse dueña de la situación.

¿Se habria equivocado también el amigo que le hizo la indicación?

En estas refleciones estaba Castrate, cuando notó que el coche se había parado.

¿Que ocurre.? preguntó al cochero.

—Que a treinta metros de aquí se ha detenido el otro coche y de él ha bajado una pareja, dirijiendose a la playa.

—Pues espera, que no tardaré–le dijo al cochero.

Y con gran cautela siguió los pasos de los tórtolos.

—Si serán, sino serán–murmuraba para sus adentros.

La sombra de la noche empezaba a envolverlo todo con su negro ropaje.

Dn. Melchor estaba muy cerca de la pareja, pero no podía distinguir sus facciones.

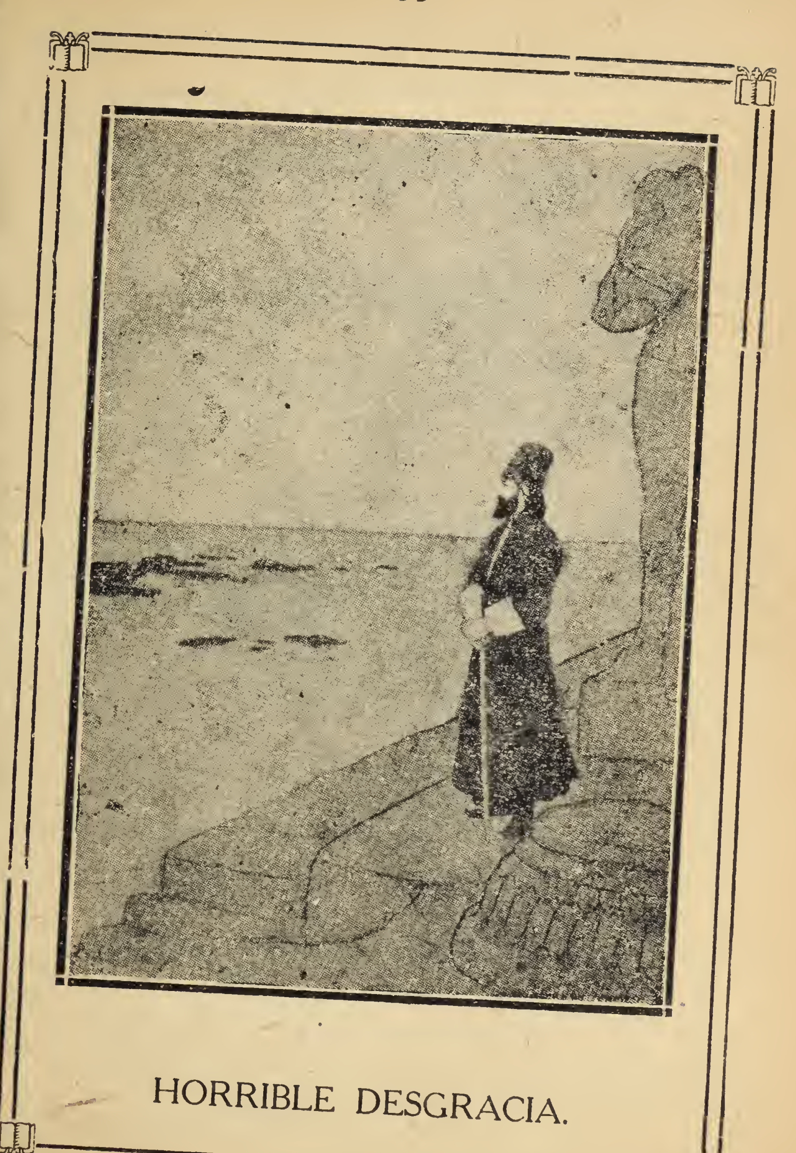
—¡Dios mio! ¿Seré tan infortunado que no logre convencerme?

En este momento se abrió un girón del celaje y el astro de la noche iluminó la excena.

Castrate vió claramente a su mujer y su primo con las caras completamente juntas y comiendose con los ojos.

—¡Santo Tomás! ¿Que dices a esto?—exclamó el marido burlado,

El santo no contestó a la pregunta, pero la cabeza de Castrate, destacó poderosamente entre los cuernos de la luna, al mismo tiempo que vibraba en los aires el chasquido de un apasionado beso.



HORRIBLE DESGRACIA.

¡Horrible Desgracia!

Triste por demás es la historia que voy a relatarles, queridos lectores.

Preparen los pañuelos para que enjuguen el llanto que por fuerza he de brotar de vuestros ojos, y oigan la serie de desventuras ocurridas a una bellisima jóven llamada Clotilde.

Nació el año justo de estar su papá en Méjico, separado de la que le dió el ser; y claro, por tonto que fuera el hombre se puso a pensar en el origen de aquel nacimiento, y antes de volverse loco, regresó y mató a su esposa con una solución de ácido fénico al 40 por ciento. Después de eso cogió a la chiquilla debajo del brazo y subiendose a la azotea de la casa, la tiró a la acera, arrojandose él detrás.

¡Que horrible es todo esto!

El desdichado Cornelio, que así se llamaba el padre, murió aplastado a los piés de una viejita que pasaba y que también murió del susto a las tres horas.

¿Y Clotilde?

Pues se salvó milagrosamente por haber caído dentro de un safacón lleno de papeles.

Este es el prológo de la historia de Clotilde.

Recogida del safacón por un vecino compasivo. que era músico de un teatro, la educó, la hizo aprender solfeo y como la chica tenia muy buena voz la hizo debu-

tar de bailarina cuando cumplió los 15 años. Por que es lo que decía el músico:

---Bailando no se estropeará la voz.

Tal no hubiera hecho.

El buen protector no había tenido tiempo de fijarse en las formas de su ahijada; y al verla radiante de hermosura,

luciendo todo.
lo que Dios le dió;

sufrió un encandilamiento primero, después se metió dentro un ojo la boquilla del cornetín y dando un suspiro tremendo dentro del instrumento que berreó como un cabro, pensó algo terrible y.... cuando estuvieron solos después de la función, le hizo proposiciones amorosas, pero Clotide se negó rotundamente manifestando que estaba ya comprometida con un abonado muy rico.

Al oir esto el músico, cayó sobre la bailarina como un tigre y abusó de ella, porque tenía más fuerza y muy poca verguenza.

De aquí resultó que a la mañana siguiente huyó Clotilde de la casa para no volver más; dejando al sátiro tan desesperado que se ahorcó de uno de los pilares de la cama.

Una vez libre de aquel posma, cayó rendida de amor en los brazos del abonado, que era rico y gastaba el dinero a manos llenas.

Pero el dinero se le terminó y le quedaron solo las manos, con lo que daba a la pobre Clotilde palizas fenomenales.

Esto, como Uds. comprenderán, no lo puede tolerar ninguna mujer bonita; y como Clotilde lo era, abondonó al arruinado y se embarcó para Africa con objeto de cambiar de aires.

Una mañana, mientras se paseaba, por los alrededo-

res del alcázar, fué observeda por un hijo del Sultán que tomaba el sol en la azotea.

---¡Poca Cosa!--- gritó llamando al sargento de los ennucos.

---¿Que le pasa?---dijo este presentandose.

¿Ves aquella mujer que se pasea allá abajo?

---Le veo.

---Pues sal inmediatamente y compramela.

---Imposible---Aun no tienes la edad para tener serrallo.

---Ya lo sé, pedazo de bruto. Tu la compras, me la encierras, me la guardas, y el año que viene, cuando cumpla mi mayor edad, me la entregas.

Poca Cosa se cruzó de brazos, hizo una reverencia y se marchó a cumplir la orden del príncipe.

Mal debía de andar de fondos Clotilde, o muy buenas proposiciones le haría el sargento de ennucos, porque al día siguiente ya estaba recluida en un magnífico camarín del palacio, donde unicamente entraba Poca Cosa.

Así transcurrió un año, al cabo del cual entregó el Sultán a su hijo una llave de plata para abrir la *jaula* donde le guardaban a Clotilde.

Con el corazón relleno de gozo arabe corrió hacia el camarin, abrió la puerta y se encontró a la hermosa entretenida en acariciar a dos moritos lo más monos.

---¡Traición!---gritó el Princípe sin poderse contener.

Clotilde se puso de pie y estrechó a los pequeñuelos.

---¿De quien son estos chiquillos?---pregunto el moro.

---Mios---contestó Clotilde con firmeza.

---¿Quien ha frecuentado este sitio?

---Poca Cosa.

---¡Mientes!

---Es cierto, señor--dijo el aludido presentandose.

---¿Pero, como puede ser?

---Yo mismo me asombro. Sin duda debo ser víctima de una equivocación del médico del alcázar, que era tuerto.

---¿Y tu que dices, cristiana? preguntó el hijo del Sultán.

---Pues que Poca Cosa, no es tan poca cosa como parece y que se le debe variar de cargo.

Las palabras de Clotilde fueron atendidas nombrando al sargento de ennucos primer cabo de cañón.

Epilogo:

El cabo murió en la guerra, el hijo del Sultán falleció en brazos de su favorita y esta terminó su vida cantando la historia de su vida por aldeas y puebluchos.

¡Oh! La vida de Clotilde no pudo ser más desastrosa!



HOROSCOPO

Horóscopo.

Tu amor está en la luna me dijo una gitana que me leyó la buena ventura.

Y como soy algo supersticioso, me dediqué a observar el astro de la noche, ausioso de descubrir la verdad.

Al principio me cansé de estar con el cuello torcido horas enteras sin descubrir nada agradable en el argentado broche; pero sea por la fé que abrigaba o debido a una fantasía de mi imaginación, es lo cierto que a las dos o tres noches de observar, vi una lindísima figura de mujer recostada artisticamente sobre la luna creciente.

El fondo azul obscuro salpicado de brillantes estrellas, hacía resaltar más la peregrina belleza de mi amor.

Porque, aquel era, no me cabía duda, después de habermelo asegurado la gitana.

Más ¿que hacer? Si ella no bajaba, la cual no parecía fácil, yo tampoco podía llegar hasta ella.

¡Maldito horóscopo!

Tontería y grande les parecerá a Uds. esto; pero llegó a preocuparme bastante, hasta que una noche llegué a solucionar el problema.

Estaba en el teatro pensando en mi visión fantástica, cuando llegú hasta mi la siguiente exclamación:

¡Chico, valiente luna!

Esta inesparada frase me hizo dar un salto en mi

asiento, e instintivamente volví la cabeza, viendo a dos jóvenes de buen humor que señalabn la lustrosa calva o *luna llena* de un señor que tenían delante.

Aquello me pareció un aviso de la gitana, como para recordarme siempre mi visión.

Junto á él se encontraba su esposa y tan bella me pareció que me quedé embelesado mirandola.

Ella también me miró y no debí parecerle mal, porque se puso colorada y me hizo una seña con el *rabito* del ojo.

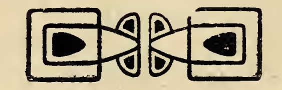
La *luna* seguía a su lado brillando con siniestro resplandores.

Total, que al cabo, de una semana, se la jugabamos al marido, aprovechando el momento que dejaba sola a su esposa.

A estos ratos de amor los llamabamos *eclipses*.

Ya ven Vds. como no se equivocó la gitana.

Mi amor estaba en la luna.





UN GRAN MARIDO.

Un gran marido.

Nicanor y Consuelo pasaron la noche de novios en continuos arranques de cariño y de pasión inmensa . .

Así los sorprendió el día penetrando el primer rayo de sol por el cristal de las vidrieras, sin rompenlo ni mancharlo.

--¡Oh! que hermosa estás ahora,---dijó el marido estampando un sonoro beso en la garganta de su esposa.

A este beso correspondió ella con otro tanto o mas enamorado.

Y siguieron las caricias.

—Esto es demasiado,---dijo Consuelo incorporándose.

— Pues aun es poco para saciar mi amor,---contestó Nicanor que tenía mas de romántico que otra cosa.

—Bueno, bueno. Te advierto que soy bastante descontentadiza. Conque basta por hoy y vamos a la calle a respirar los aires puros y estirar un poquito las piernas, que buena falta nos hace.

Y así lo hicieron.

Consuelo se vistió en dos por tres, y Nicanor hizo lo propio, estrenando desde los zapatos hasta el sombrero, como es natural en un marido al día siguiente de la boda.

Cogiditos del brazo comenzaron su amoroso paseo, dirigiéndose tiernas miradas; pero poco a poco fué Nicanor perdiendo la serenidad y hasta el color.

—¿Que te pasa, bien mio?— le pregunta Consuelo-- Te pones amarillo como la cera!

Nicanor, por falta de confianza o por un ridículo romanticismo, se limitó a contestar:

—No es nada, rica mia. . . . es que. . . .

– Vamos, habla, pichón. . . .

—No quisiera molestarte, pero. . . .

—A mi no me molestas nunca.

—¡Habla por Dios!

—Pues bien,---siguió Nicanor dando un fuerte suspiro y apretando a la vez el brazode su esposa,—desearía que volviesemos a casa.

—¿Tan pronto?

—Sí, querida mia. . . . no puedo, no puedo aguantar mas.

—¿Aun no estás satisfecho?

—Aun no. . . . digo, si. . . . en fin vamos a casa.

—Vamos cuando gustes. Aquí me tienes en alma y cuerpo. Soy tuya absolutamente.

Y aquí Consuelo suspiró con delicia, admirando al gran marido que habia encontrado.

—Si te parece buscaremos un coche— dijo Nicanor. jadeante.

—Allí viene uno.

Y marido y mujer se metieron en un coche.

Consuelo dió al cochero las señas de la casa y añadió;—Aprietele al caballo que la cosa apremia.

oOo

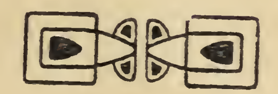
Consuelo llegó a su casa, se metió en un cuarto y sentándose en la cama decía:

—Esto es de lo que no hay. Un esposo tan amante dificilmente se encuentra en estos tiempos tan decadentes. ¡Parece mentira después del epílogo de esta mañana.

Consuelo esperó en vano que volviera Nicanor.

Mientras ella hacia estas reflecciones, Nicanor se quitaba las botas, causa de su malestar, y exclamaba tirandolas lejos.

¡Maldita sea la estampa del zapatero! ¡Reniego de los zapatos apretados!!



EFECTO DE LUZ

Efecto de Luz.

Aunque a Ud. les parezca inmodesto, debo decirles qne en mi juventud era muy apetecido por las mujeres; si, señores, si, no se rian.

De aquí que yo me hiciera el *bueno*, despreciando a más de una que otros hubieran querido para ellos.

Entre las desairadas figuraba una celebre cantante cuyo nombre me callo. Esta francamente, me resultaba en escena, pero una vez en su cuarto, veía claramente los retoques de su cara y hasta en sus líneas me parecía otra cosa distinta.

—Pero vamos a ver: ¿Que te pasa conmigo?—me preguntó la artista una noche en su casa, después de la función.

—Pues hija, claramente—No sé que transformación experimento, que en el escenario me encantas y fuera de él me pareces una mujer vulgar.

—Haberlo dicho antes y todo estaría arreglado.

¿Cómo?

—De la manera más fácil.

Es cuestión de un efecto de luz.

Y cogiendo el quinqué lo colocó en el suelo. recibiendo la luz como si fuera de las baterías del teatro; de abajo a arriba.

—¡Admirable, sublime, de primer órden!—exclamé entusiasmado.

—Te gusto así?

—Más que en escena—Esta luz te favorece mucho más......pero......

—¿Que quieres ahora?

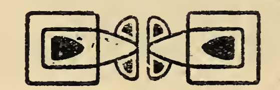
— Mujer, se me ocurre que no vas a estár así toda la noche.

—Claro que no. Esto lo he hecho como prueba; y puesto que los efectos de luz son de tu agrado, vas a conocer otro, por medio del cual me transformaré en lo que más te ilusiona.

Y sin decir más, apagó la luz y se abrazó a mi cuello. Otro efecto de luz nos sacó de nuestro arrobamiento. —Este era el sol filtrandose por las persianas del balcón.

Desde aquella noche no dejé de visitar a la genial artista, la cual me aseguró que el mes pasado apenas se hizo consumo de gas.

¡Oh, la obscuridad es el mejor *efecto de luz*, para los paladares delicados.





UNA EXTRAVAGANCIA

Una extravagancia.

Voy a contarles un chiste de la prensa.

Hace pocos días leí en un periódico inglés, es decir yo no lo leí, porque el *inglés* me es insoportable.

Me tradujeron al castellano que un Lord muy rico, a pesar de tener cara de inglés, acaba de hacer la mas gorda de las extravagancias conocidas hasta la fecha.

El bueno del inglés vivía tranquilo y satisfecho y feliz, en una hermosa quinta rodeada de palmeras, nada menos que treinta y cinco años, al lado de su esposa *Lady Piphia*, al cabo de los cuales sufrió el primer golpe del infortunio con la muerte de su querida compañera.

Aquella pérdida la consideraba irreparable, apesar de estar la sociedad tan pervertida.

Jamás podría encontrar otra inglesa que reuniera las dotes de la difunta.

Y el desdichado inglés lloraba desesperadamente.

Así transcurrieron algunas horas de duelo, cuando el viudo en uno de los momentos que se limpiaba los lentes empañados por el llanto, notó la presencia de unas cuantas persoans que no eran parientes ni amigos de la casa.

Lord Money, que así se llamaba el afligido esposo, se dirigió a los desconocidos y les preguntó en inglés:

—¿Que desean ustedes señores?

—Revelarle *once* secretos de su difunta.

—Estoy a sus órdenes—dijo Lord Money.

Todos entraron en un *gabínete reservado.*

—Ya es hora de que sepa Ud. la verdad—dijo uno—Su esposa lo engañaba a usted con *once.*

—Con *queso* querrá usted decir—grito el Lord, por decir algo.

—Aquí tiene usted a sus once amantes.

---¿Pero es eso cierto?

---Ciertísimo. Mientras usted viajaba buscando trastos viejos para su museo, su bella esposa buscaba amantes jovenes para su entretenimiento.

---¿Y ustedes se conocían unos a otros?

---Nos fuimos conociendo poco a poco.

Y al llegar aquí, el que llevaba la voz cantante fué presentando a sus compañeros, los que fueron estrechando la mano del Lord y acompañandolo en el sentimiento.

La entrevista terminó dando el viudo las gracias por la revelación *oncena,* mandando enseguida a buscar un arquitecto, al que explicó el caso, con el fin de que pudiera hacer un proyecto de panteón para su esposa, y para él cuando muriese.

Hoy es la admiración de los casados el mausoleo de Lord Money.

En el centro se alza una estatua de mármol blanco, retrato fiel de Piphia. Delante hay once barras que representan o quieren simbolizar los once socios de Mr. Money, y rodeandolo todo, dos tremendos cuernos que no son ni los de la fortuna ní los de la abundancia.

Ante este monumento se postran hoy millares de maridos de las más acreditadas ganaderías de Inglaterra.

Yo no sé si eso es cierto porque, como les dije antes, me lo tradujo un amigo que dijo sabía el inglés.

Y si lectores dijerais ser comento . . . . .

Como me lo contaron, se los cuento.

CAMARONES

Camarones.

Que tres amigas que se quieran de veras, traten de divertirse un día en el campo, no tiene nada de particular.

Y esto pensando, Consuelo v Aurora invitaron a Pura con el fin de que las acompañase en su excursión.

—¿Iremos solas? preguntó esta.

—Completamente solas—le contestaron sus amigas.

—Es que jamás he ido con hombres a ninguna parte y temería ser la nota discordante.

—Te repetimos que vamos solas.

Se trata de pasar el dia pescando camarones en un pintoresco sitio.

—Os confieso que también soy primeriza en esa pesca.

—Eso se aprende pronto.

Y en pocas palabras explicaron la sencilla pesca, arreglando y conveniendo el viaje

Al día siguiente a las diez de la mañana, ya danzaban las tres lindas muchachas buscando camarones por la orilla del río.

Pura, como más inexperta, se dejaba arrastrar por la curiosidad metiendose en el agua hasta las rodillas.

Una hora, más o menos, habría transcurrido, cuando a corta distancia de Consuelo y Aurora, movíose la maleza y apareció la cabeza de un hombre jóven y no mal parecido.

Las amigas de Pura se comprendieron con una mirada, e hiceron señas al nuevo personaje para que esperase.

En este momento preguntó Pura, que estaba algo distante;

—Habrá camarones por aquí?

—Por ese lado no... Yo siempre los he cogido por allí— contestó Consuelo—Y señaló la espesa maleza que cubría por completo la cabeza del jóven.

Pura se dirigió donde su compañera le indicaba, sin sacar del agua sus diminutos pies.

Antes de llegar a la maleza, preguntó a sus amigas:

—¿Me picarán?

—A nosotras nos pican a menudo, pero ya estamos acostumbradas.

La maleza se estremeció como si hubiera sido agitada por el viento.

Pura desaparecició de la vista de sus amigas.

Estas se sentaron tranquilamente a esperar la vuelta de Pura.

La jugarreta que le habían preparado se presentaba a las mil maravillas.

Era una verdadera *emboscada*, sobre todo porque se consumaba en un bosque.

Pues, como decía, Pura desapareció, y Aurora, con la carita apoyada en el puño de su sombrilla, comenzó a pensar en los resultados que podría traer la pesca a que habían invitado a Pura.

—No se quejará Paquito—dijo Consuelo.

—A menos que ella se muestre desdeñosa con él.

—¡Quia! Es muy guapo y ella me ha hablado varias veces de él.

—Temo que se incomode con nosotras.

—Ya le haremos ver que todo ha sido una casualidad.

—Puede que no lo crea, es muy *gata* a pesar de sus pocos años. ¿Y dices que conoce a Paquito?

—Si, le vio una noche en el Cine: se rió como una tonta de tres o cuatro cosas que dijo y hasta permitió que le obsequiara con bombones.

—Eso ya es algo.

—Lo que estoy notando es que parece que se los ha tragado la tierra.

—El agua querrás decir.

Al llegar aquí el diálogo de las mal llamadas amigas de Pura, llegó hasta ellas un grito que las hizo ponerse de pié; sin darse cuenta.

—¿Se estará ahogando?—preguntó Aurora.

Con tan fatal pensamiento se olvidaron de todo y corrieron al sitio donde suponían que se encontraba Pura.

Pero icual no seria su sorpresa al ver que ésta ya no se encontraba allí!

Las amigas se miraron asustadas, y no se atrevieron a dar un paso más.

Y ante tan crítica situación, se decidieron a llamarla dando fuertes gritos,

—¡Pura!. . . . . . Puraaa!

Pero ique si quieres!

O la amiguita se había ahogado en un gran charco que por allí había, o no tenía ganas de contestar.

Ya iba Consuelo a dirigirse a la casa más próxima, para pedir ausilio, cuando la linda cabeza de la jóven se presentó sonrriente por entre unos troncos.

—¡Ah, infame!—dijo Aurora al verla— ¿Porqué no has contestado cuando te llamabamos?

—Porque yo no me llamo así.

Desde hoy dejo de ser Pura.

—¿Y como te llamarémos?

—Llamandome como gusteis; aunque yo creo que

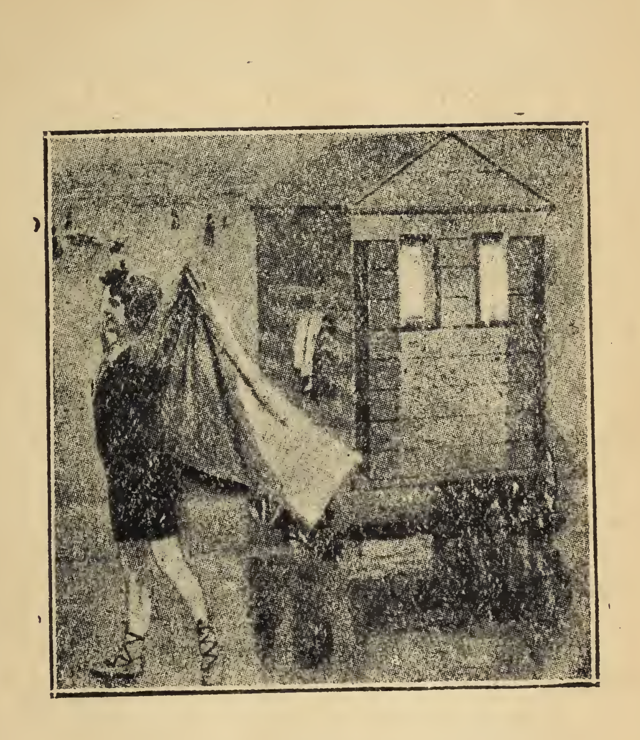
después de haberme perdido, de vuestro lado, como mejor me podeis llamar es: La Perdida.

Una franca carcajada de hombre sonó detrás del matorrral.

Y la fiesta terminó con los cuatro personajes de mi cuento en un restaurant.

Escuso decirles que el primer plato que pidió La Perdida, fué camarones.





EN LOS BAÑOS.

En los Baños

Ya me tienen Uds. en la playa tomando apuntes.

Veremos si hoy soy más afortunado que otras veces.

Me parece que si, porque allí veo una chica monisima, vecina mía y con novio, ¡Razón poderosisima para que vaya comprendiendo el modernismo!

Y parece que le da miedo mojarse los pies......

—Buenos días, vecinita.

—¡Hola vecino! ¿Tú por aquí?

—El mismo, hija mía. ¿Me dejas que te enfoque?

—¿Aquí, delante de todos?

—Claro, eso no tiene nada de particular.

—Me da verguenza.

—Pero si es cuestión de un momento. Anda, colocate.

—Ya está la máquina preparada.

—¡Ah! ¿No es más que para una fotografía.

—Nada más. ¿Que te habías figurado?

—No te lo quiero decir, me da rubor.

—¡Valiente tonta! Quita ahora......ya está. Oye: ¿quién es aquella chiquilla tan guapa que va a entrar en el agua?

—¿La vas a enfocar como a mi?

—No es otro mi deseo.

—Pues a esa la enfoca, digo, la espera un caballero, para bañarse juntos, y hacer cada tonteria......

—¿Conque hacen tonterías?

—De las de marca mayor—Ella se tiende......
¡Cuernos!

—Y él la coge por la cintura para que no se hunda en el agua.

—Bonita fotografía se podría sacar de esa pareja!

—Pero te advierto que el caballero tiene muy mal genio.

—¿De veras?

—Días pasados la cogió haciendo la muerta con un jóven del comercio y por poco lo ahoga.

¿Dentro del agua?

—No, fuera. Lo agarró del cuello y lo arrastró por la arena como a un perro.

--¡Pobrecito!

—Ayer, sin ir más lejos, la vió abrazada con un primo suyo muy guapo, y sin decir palabra, le arrimó un puntapié tremendo en salva sea la parte.

—¡Díos te la salve y te la conserve, hija mia.

—Y a ti también, pillastre.

—Ya lo procuro--Pero calla, allí veo la gran mujer,

—¿Aquella que sale de la caseta haciendo flamear la sábana para llamar la atención?

—La misma.

—Buena.... *tal* está hecha.

—¿Y qué es eso de *tal*?

—Pues, sencillmente, que viene a exponerse para que la vean y para hacer daño a la juventud.

—No te comprendo,

¿Llevas gemelos?

¡Y de los de primera!

—Pues mira hacia aquel rincon formado por dos casetas. ¿Ves aquel chico que apenas contará 15 años?

—Lo veo.

—Pues así está todos los dias cuando la niña *esa*

exibe las dislocantes formas...... Como siga así, ni huesos le van a quedar a la pobre criatura.

—Ese es el mundo—le dije a mi vecina.

Y apartando los gemelos me volví a casa, pensando en las delicias y en las frescuras que nos ofrecen los baños de mar.



CONFESION

CONFESION

La jóven Susana llego a la Iglesia más temprano que de costumbre.

Se arrodilló frente al altar de San Antonio y después de rezar una salve hizo un detenido examen de conciencia. No tardó en arrodillarse junto a un confesonario donde se dispuso a descargar su alma de pecados.

Parecía mentira que en aquel rostro de virgen hubiese manchas que lavar; pero así era y no tendría pocas cuando suspirando y poniéndose más encendida que una amapola, comenzó su confesión de este modo:

—¡Ay, padre!

—¡Ay hija contestó el cura desde el interior del confesonario.

—Soy una pecadora arrepentida que viene por vuestro santo perdón.

—La clemencia de Dios es infinita. Habla.

—¡Ay, padre!

—¡Ay, hija! No te quejes más y vamos al grano.

—Pues bien; me acuso de que una tarde me ví perseguida por un hombre que me propuso ser mi esposo; y yo que no deseaba otra cosa, le di el *sí*, aguijoneada por las flechas de Cupido que nos seguía de cerca. Después supe que mi prometido no tenía capital y falté a mi promesa casándome con un viejo adinerado, el cual me prometió vestir siempre de frac.

—¿No es más que eso, hija mía?

—¡Ay, padre. Aún hay más.

Como yo no quería al viejo, me acordaba mucho de mi primer amor y suspiraba por él deseando verle a mi lado.

—¡Malo, malo, malo! . . . . . .

—Precisamente el día de la boda me encontraba sola en mi gabinete preparandome para tomar un baño en aguas de rosas. cuando mi doncella se presentó, entregándome una carta. Era de Plácido, del novio que había dejado plantado. Rompí el sobre y empecé a leer sin ocuparme de vestirme.

—¡Ay, hija!

—¡Ay, padrei

—¿Y la carta era pecaminosa?

—No lo sé, padre, pero yo enloquecí en un momento al saber el mucho amor que me temía y el sufrimiento que lo mataba en vista de mi cruel desvio. ¿Que hacer? En la carta me pedía una entrevista por el amor de Dios, quizás lo última porque al día siguiente se embarcaba para New York.

—¿Pero tu no accederías a sus pretenciones?

—¡Ay, padre!

Ay, hija. Preveo un fatal desenlace.

Asi fué, en efecto. Media loca por las frases de su apasionada carta, llamé a la doncella, diciéndole que condujera a Plácido a mi presencia sin que se enterase nadie, y al cabo de media hora nos confundimos en un estrecho abrazo.

—Supongo . . . . . . qué ya estarías vestida.

—¡Ay, padre!

—¡Ay, cuerno! Esto ya va siendo demasiado.

—Ya he dicho que estaba enloquecida y a una pobre demente se le puede perdonar todo.

Continúa:

—Lo que pasó después no acierto a explicarlo: él más loco que yo, si cabe, me devoraba con su mirada ardiente......¡Ay, padre! ¿Que hubiera usted hecho en mi lugar?

—¡¡Ay, hija! No preguntes majaderías y sigue.

—Una nube densa cubrió mis ojos, me agité violentamente y caí sin sentido.

—Eso es terrible.

—Mucho, padre, mucho. Después me casé engañando a mi esposo, como a un chino.

—¡Pobre marido!

—¡Pero no es eso lo peor!

—¡Qué hay mas?

—Si, padre. Aquella misma noche, pretextando una indisposición repentina, me retiré a una habitación donde me esperaba Plácido mas loco que nunca.

—¿Y tú?

—Yo mas loca que él.

—Atiza.

—¡Ay, padre! La noche pasó como un relámpago Pero al día siguiente, al recibir sobre mi frente el dulce beso de la mañana, me arrepentí de todo y aquí estoy dispuesta a que laveis mis culpas.

—¡A buena hora!

Aún es tiempo, padre mío.

—¿Y tu pobre esposo?

—No existe.

¿Como? ¿Habrá muerto del disgusto quizás?

—¡No padre!

—¿Y tu amante? Ese si debe vivir, por aquello de que todos los pillos tienen suerte.

—Tampoco existe.

—Pues, hija, ni la funeraria.

—Todo cuanto le he dicho lo soñé anoche y, cre-

yéndome en pecado mortal, he querido confesarme.

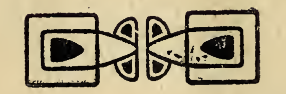
—¿Conque todo ha sido un sueño? Murmuró el cura con visibles muestras de mal humor.

—Si, padre. ¿Mereceré la absolución?

—¡Ya lo creo! Si por soñar fuera, ni con toda el agua del mar podríamos lavar nuestros pecados.

Y dando a la joven un cariñose tirón de orejas, continuó:

—Anda, hija. y reza una salve a la virgen para que te evite esos sueños, mientras yo rezo un credo para no soñar contigo.





IDILIO.

IDILIO.

Como el que voy a narrar nos hace falta uno a cualquiera de nosotros.

El sol, más cargado de purpurina que otros días, empieza a desparramarla dorando los campos.

Las flores se van abriendo perezosamente haciendo resbalar sobre las hojas la brillante gota de rocío y. . según dice el cantar:

La campana de la ermita
lanza sus sones al viento
y los pajarillos cantan
y sale al campo el labriego . . . . .

Y con éste la bella Mariquita, con su cesto al brazo, dispuesta a coger cuantas flores encuentre a mano.

La pobre muchacha suspira a cada momento como si quisiera sacar de su pecho un grave pesar.

Porque Mariquita ama, pero sin saber a quien Los mozos del pueblo le parecen demasiado rústicos para ponerlos en contacto con sus tesoros: porque la chiquilla es de las que saben apreciarse y hacerse justicia.

De vez en cuando coge una florecilla silvestre, la aproxima a sus labios y la arroja al cesto murmurando:

—Sin aroma . . . . como todas.

Pero como las que le compran las flores en el pueblo le exigen más cada día, sigue su trabajo suspirando

constantemente, sin notar qee a corta distancia le sigue un jóven elegante y no mal parecido.

Este parece que espía los menores movimientos de la bella jibarita: y hasta se me figura que una intención *non santa* se advierte en sus ojos.

De repente aligera el paso, se coloca junto a la muchacha y le dice:

—Esa flor es para mi.

Mariquita dá un grito de sorpresa y se queda como si estuviera en Babia.

¿Te has asustado?—le pregunta el jóven sonriendo.

—¡Ay, si, señor! ¡Ha tenido Ud. una manera de presentarse.

—Muy original—¿Verdad?

—Si, señor, ... pero me ha dado el corazón un vuelco tan grande, que aun me palpita con mucha fuerza.

—¿De veras, monísima? ¿Quieres dejarme que escuche esos golpecitos?

La jibarita contempla un momento al joven y sin saber porque se estremece, poniéndose más colorada que un tomate.

El jovencito no se parece a sus amigos los jíbaros de aquel barrio.

En sus modales hay algo que encanta, en sus ojos brillan relámpagos que la fascinan.

¡Y que manos tan blancas y tan delicadas.

Ella misma conoce la enorme diferencia que hay entre las suyas y las del joven.

—¡Parece que te has quedado muda.

—Es que . . . . yo no sé qué decirle . . . .

—Pues yo te lo diré. ¿Que buscas por el campo todos los días y a todas horas?

—Ya lo vé usted, flores.

---Lo mismo que yo.

---¿Si? Pues entonces no se moleste mas; yo le daré todas las que tengo recogidas.

---De esas no me sirve ninguna, no tienen para mi el aroma que deseo.

---Eso mismo me sucede con todas las que cojo!

---¿Y sabes tu porque te ocurre eso?

---No señar.

---Pues te ocurre porque estas enamorada.

La muchacha se estremece de pies a cabeza y se pone muy pálida.

---¡Ay, Dios mio . . . . . . yo no sé lo que tienen sus palabras que me confunden.

---Porque doy en el blanco.

---¿Pero si Ud. siente lo mismo que yo, es que también estará enamorado?

Más qne enamorado, loco perdido por una . . . . . .

---¿Por una Señorita de la ciudad?

---A mi las señoritas no me gustan. Son flores artificiales, con aromas que empalagan; yo amo la flor sencilla y pura que nace en el campo. sin que nadie la cuide, esa flor que crece lozana y bella, esa flor que tanto ansío y que no puedo poseer.

---¿Y esa flor se la puedo yo proporcionar?

---Esa flor la tienes tu ahora mismo en las mejillas . . pero es tan delicada que tocandola con las manos se marchitaría . . . . Hay que cojerla con los labios.

El joven aproxima su cara a la de Mariquita y se oye el chasquido de un apasionado beso:

---¿Ya la tiene usted? dice la joven mas ruborizada que nunca.

---La tenía pero se me ha escapado . . . . ven, ven, conmigo, que ya la volveré a encontrar y entonces te juro

que no se marchará hasta que me haya embriagado con su perfume.

Y Mariquita, media desvanecida, se deja conducir por su seductor y ambos se pierden en lo más espeso de monte vecino.

¡Valiente vecino!



VIAJE DE NOVIOS.

Viajes de Novios.

Y aunque el buen Roque ignoraba que su novia había tenido relaciones de las más íntimas con dos militares y un primo boticario, se casó confiadamente creyendo que se llevaba una purisima perla de rocío:

Clara y Roque trataron de pasar la luna de miel en la Habana y como estaban en primavera, tomaron pasaje en el vapor Español con objeto de presenciar la grandeza del mar en alas de su amor.

Puedo asegurar que Roque había respetado a la que ya era su mujer hasta el punto de no haberle dado el más inocente beso.

Pero el viaje feliz que los novios se prometían, fué trocado en tragedia por la mano de la naturaleza.

A la mañana siguiente de estar embarcados, levantose un fuerte viento, mientras los esposos estaban sobre cubierta.

—Bajemos a la cámara, Clarita, dijo Roque tratantando de cogerla por un brazo.

—Déjame aquí, que este brusco movimiento de las olas me gusta mucho.,—le contestó ella.

—Mira que la cosa se va poniendo fea.

—No te apures.

Aun no había terminado la frase cuando un terrible golpe de mar arrojó al agua a la desdichada Clara.

¡Hombre al agua!--gritó un marinero.

No, mujer al agua, la mia, mi Clarita, vociferó el marido queriendo tirarse trás ella.

La hélice del vapor cesó de dar vueltas; y como el cuerpo de la infeliz no flotaba, se dispuso inmediatamente por el Capitán que bajara un buzo a buscarla al fondo del mar.

Todo esto se hizo en un abrir y cerrar de ojos, dando tan buen resultado, que a los pocos momentos se vió aparecer el buzo llevando en sus brazos el cuerpo inanimado de la esposa de Roque.

—Aun vive—dijo el buzo dentro de la escafandra.

El marido entusiasmado se arrojó sobre el valiente buzo, bezandole los vidrios del aparato.

El percance no pasó de ahí, recobrando Clarita el conocimiento y llegando a la Habana sin otro contratiempo.

Renuncio a describir los detalles de la noche de novios en el Hotel.

Cuanto dijera seria pálido ante la realidad.

Pero Roque no estaba contento; a la mañana siguiente se levantó con un genio de todos los demonios.

El pobre había visto claro cuando la cosa no tenía remedio

—¿Que te pasa, Roque mío? le preguntaba Clara al verlo con aquel mal humor.

—Que me has engañado.

—¿Pero que dices, ingrato?

—Que no eres lo que me figuraba.

—¿Dudas de mi honradez?

—Tú dirás......

—Pues digo que no sabes lo que te pescas. ¿No me conoces desde hace mucho tiempo?

—Sí

—¿Me has visto alguna vez sola con un hombre?

—No
—¿Entonces?
—Lo ignoro
—Pues rccorre la memoria, que yo no me acuerdo de nada.

Roque abrió los ojos desmesuradamente como si hubiera tenido una idea luminosa ,y cogiendo dos revólvers, exclamó:

Ya se yo quien ha sido el infame, Cuando lo encuentre lo mató.

—¿Pero donde vás, Roque mío?
—¡A buscar el buzo!



Cuestión de tiempo

A las nueve de la noche, se propuso Víoleta bebese unas copas de champagne con el Sr. de Trufita.

Y este aceptó, primero porque a esa hora no tenía nada que hacer; y después porque Violeta era un *bocato di cardinali.*

¿Y qué haremos después? pregunto Trufita, apoyando los codos sobre la mesa.

— Toma, eso el reloj lo ha de decir, —contestó Violeta.

—¿El reloj? ¡No comprendo?

– Verás como tu eres el primero en colocarte en tu verdadero terreno.

—Es que te advierto que esta vida de crápula que llevo, acabará conmigo,

—¡Qué tonto! aun eres jóven y aun no has derrochado el capital que heredaste.

—Si, pero cuando se venda la última finca......

—Entonces corres la última juerga y terminas con la gran conquista tirandote al mar.

—En fin aquí me tienes dispuesto a saber tus caprichos.

o°o

El reloj marca las 10, en cuyo momento prepara Trufita las copas.

Y beben, se animan con esa alegría especial que produce el vino.

El repite y ella acepta y entre trago y trago empiezan los besos y caricias de Violeta.

—Supongo que no tendrás prisa por irte— pregunta la *niña.*

—Ninguna — además que estando a tu lado se me olvida hasta que vivo en el mundo.

—Muy bien dicho; y en pago a tu galantería voy a darte un beso corridó en los ojos.

—¿Un beso nuevo?

—Nuevisimo . . . . . . como que es inventado por mí.

—Veamos la invención.

Violeta coge la cabeza de su amante y aproximando sus frescos labios a su rostro le dice: cierra los ojos.

El jóven espera inutilmente el chasquido del beso; pero nada se oye. Lo único que percibe es el aroma delicado de la respiración de Violeta y un cosquilleo encima de los ojos, que produce un bienestar inexplicable, sintiendose transportado a otras regiones por él desconocidas, y empieza a sentir los síntomas de un mareo.

. . . .

. . . .

—Las once,--- dice Violeta señalando el reloj.

---Si, las once,---dice Trufita pasándose ambas manos por la cara.

---¿Te beberías otra botella?

---¿Yo solo?

---¡Hombre, no seas egoista! Nos la beberemos entre los dos.

—Pues venga esa botella.

El ruido del tapón al saltar anuncia que hay más vino que beber.

Y claro, como la sed va en aumento no tarda en verse libre del líquido el casco de la botella.

---Creo que ya no estarás tan *acabado*---exclama Violeta rodeando sus brazos el cuello del jóven.

---Te confieso que me siento rejuvenecer.

---¿De veras?

— Si de veras; sientate sobre esta rodilla y verás como no se dobla.

— ¿A que si?

---¿A que no? Anda, ven monisima.

Violeta da un salto desde su silla y cae sobre la pierna de su amigo.

Este la aguanta valerosamente y ella en premio le colma de besos---que son devueltos con creces, porque Trufita es de los que dan ciento por uno.

El aspecto de aquella simpática pareja ha cambiado en poco tiempo, gracias a los efectos del champagne y a los indefínibles encantos de Violeta.

—¿Qué te parece? ¿Estoy o no fuerte?—Dice el jóven.

—Veo que aun no te acabas.

Como que una mujer como tu es capaz de resucitar un muerto.

—¿Pero de veras has resucitado? pregunta Violeta con marcado interéss

---En este momento por completo, Mira le dice señalando ol reloj.

Violeta se extremece y dice---las doce marca el minutero.

....

....

Elección de Agapito.

La elección de Agapito.

Buscando aventuras galantes, salió una tarde a paseo Agapito Aguas Templadas.

Y. . . . ya se sabe; al salir de casa con ese propósito, no es dificil tropezar con lo que se pretende.

Así le ocurrió a Agapito, No hacía diez minutos que estaba en la calle cuando vió a lo lejos un par de mujeres de primer orden.

—Mías son—se dijo para sus adentros el terrible conquistador.

Y cantoneando su talle con aire garboso, aligeró el paso.

Las jóvenes a quienes había puesto la proa Agapito, notaron la evolución y se dispusieron al ataque.

—Me parece que viene por tí—dijo una.

—Yo creo lo contrario—añadió la otra.

—Son ustedes un lindo par de capullos del rosal de mis amores,—exclamó Agapito, presentándose:

—Es usted muy amable—dijo Luisa, que era la más cursi de las dos.

—Soy un simple jardinero que goza regando con amor las flores tan bellas como ustedes.

—¡Que bien habla y que buena figura tiene—dijo Luisa al oido de su amiga.

—¿Seré tan afortunado que me permitan ustedes acompañarlas?

---Por mi no hay inconveniente--exclamo Leonor,--siempre que deje la regadera para otra ocasión.

---¡Magnífico! ¡Es usted tan amable, como picaresca! ¿Quieren ustedes tomar algo?

---¡Gracias caballero, es demasiado pronto!

---Las tres de la tarde.

---Quiero decir que anda usted muy ligero en asuntos......vamos......

—Sí, en asuntos de amor.

—Justo.

—Pues bien, ¿a que negarlo? Son ustedes dos....

—Si, dos capullos; ya lo ha dicho antes.

—¿Y bien?

—Pues hombre, que *somos dos*......

—Comprendo.

—Entonces ya sabe lo que le toca hacer.

—Claro, elegir.

Las dos jovenes se pusieron encarnadas como cerezas y bajaron los ojos por hacer algo.

Agapito hizo un molinete con el bastón, se calzó bien los lentes y dirigiéndose a Luisa, exclamó:

—Aquí tiene usted a este jardinero dispuesto a cuidarla como la planta más delicada.

Luisa miró a Agapito y después a su amiga, diciendo:

—¿No será esto un desprecio para Leonor?

Agapito miró con picardia a Leonor y al falderillo que llevaba al lado y exclamó:

—Usted iba sola....en cambio a su amiga no le falta compañero.

Leonor se sonrojó más que nunca y mientras Luisa y Agapito se alejaban cogidos del brazo, *jazmincito* le lamía la mano......



AMÉMONOS

Amémonos

El amor no reconoce límites, mi clases, mis edades.

Amémonos, dice la doctrina de Cristo, y a la doctrina debemos atenernos.

¡Oh jóvenes amantes!....aprovechad la ocasión que os ofrece la fuerza de la vida con todas sus delicias.

Es muy dulce el beso del primer amor, y más dulce aun si la pareja amorosa reune las más precisas reglas de la belleza.

Pero aun hay algo más allá; y este es el amor de los feos.

Ella ha pasado de los 20 años, sin que nadie la galantee por su joroba y por tener el ojo izquierdo *reparoso.*

La pobre esta para tomar una determinación; pasa las noches en vela soñando con los placeres matrimoniales....pero esas son ilusiones.

En esta situación se le presenta un patizambo horrible y enamorado como un bestia.

El también ha soñado, sin recoger más fruto que irse debitando poco a poco....

Los pobres feos se han encontrado, han desahogado sus espiritus puros y se han amado como tórtolos sencillos.

Sus pasiones, contenida hasta entonces, se han desbordado con ímpetu salvaje.

—¡Fea! le dice el acariciándola.

—¡Feísimo! le dice ella.

—¡Oh! ¡Cuan feliz sería si llegásemos a ser más feos!

—¿Más aun?

—Quiero decir.... si tuviéramos desendencia.

¡Pobres feos! ¿Porque no han de gozar las delicias del amor?

Amémonos todos.

Y los viejos amense también, que son hijos de Dios y el mismo derecho tienen a gozar de los placeres que Venus nos brinda. Desde luego que el amor de los viejos no puede llegar nunca a volcán en erupción: pero si a bracero.

Los viejos tienen la ventaja de que su naturaleza no se gasta, suponiendo que ya la tengan gastada.

Se aman con la cabeza, se comprenden con una mirada y gozan cou las agudezas de una conversación un poco libre.

Después, como sabios y experimentados, pueden elegir a su antojo los infinitos medios que las leyes del ámor concede a los decrépitos.

Si el viejo propone y la vieja acepta, ya tienen Uds. otra pareja feliz y dispuesta a morir gozando.

Amense, pues, los viejos, como los feos y los jóveves.

Amémonos todos.

¡Se aman los perros!



Lo que se Impone.

Lo que se impone

Aquí me tienen Udes. dispuesto a contarles lo que pasa en ciertos teatros de los Estados Unidos.

¿Han estado Udes. en esos teatros?

¡Ah! ahora se hacen cosas de mayor encomio.

Y conste que no me refiero a los terrorificos dramas, ni a las latas de música clásica que se gastan los artistas de pelo largo.

El género ligero, ligerisimo, casi eléctrico, es el que impera en la época presente.

¡Y se vé cada cosa que hace levantar el espíritu del más apocado.

Y. . . . no se crean Udes. que el público se asusta.

¡Quia!

Los hombres gozan de lo lindo y las mujeres se animan de tal modo, que de seguir así las cosas, vá a convertirse el mundo en un paraiso de amor.

Recuerdo que hace algunos años llamaba poderosamente la atención ver a esta o aquella artista lucir sus bellas forma bajo purísima malla, o vistiendo el inocente traje de pajecillo.

Eso era entonces el colmo de la medida.

Y las Señoras no dejaban ir al teatro a sus maridos: los padres se lo impedían a sus hijos y los curas echaban pestes sobre las inmoralidades q. se presentaban en escena.

Ahora ha variado el asunto por completo.

Las *bellas* han salido de sus conchas invadiendo los

teatros y allí es donde el público goza y se fascína contemplando desnudeces y movimíentos capaces de volver loco al más sabio mecánico.

Si señores. Vi hace poco una bailarina....¡Que cosas hacía aquella chica......!

A veces se enroscaba lo mismo que una barrena, moviendo a la vez las caderas y poniendo los ojos en blanco y.....Jesús María y José! !Qué cosas hacía aquella chica!

Les juro que me puse malo.

Un señor de bastante edad que estaba a mi espalda, empezó a dar gritos de entusiasmo.

Los jóvenes botaban en sus arientos como si fueran pelotas de Foot-ball.

Y algunas señoras se marchaban a sus casas, rojas como amapolas, acompañadas de caballeros que no sé si serían sus maridos.

¡Hay que ir a esos teatros!

Las bacanales de la vieja Roma, son misas de *Requiem* comparadas con los espectáculos que hoy nos ofrecen las empresas *picantes*.

V puesto que la gente lo aplaude y se gasta el dinero en ello, adelante con los faroles.

Desde hoy me propongo ir guardando las ganancias que me proporcione mi periódico; y en cuanto tenga veinte o treinta mil dólares, que será.....un día de estos, me voy a Paris, a Italia a España, donde quiera que haya buenas hembras.

Contrato la mejor que encuentre en cuanto belleza y *movimiento loco* y una vez formada la compañía a N.Y.

Y alli doblo el capital, o me *doblan* por el eje.

Aunque creo q. nó, porque el género ese se impone.

Conque hagan Udes. el favor de pagar las suscripciones y ya verán que espectáculos les doy yo.



EL MORRONGO.

EL MORRONGO.

Pues señor; una vez había una muchacha muy bonita, de unos quince años que tenía un gato, tan domesticado y tan cariñoso, que comía con ella, jugaba con ella y dormía con ella.

El gatito se llamaba *Morrongo* y la niña Leonor.

Una noche calurosa del mes de agosto se desveló de tal modo Leonorcita: que saltando de la cama sin soltar el morrongo, se dejó caer en un sillón al pie de una ventana que daba al jardín.

La candorosa joven, sea por el excesivo calor o por otras causas, se encontraba, en un estado de excitación especialísimo.

De vez en cuando lanzaba un suspiro largo . . . . y estrechaba fuertemente al gato contra su pecho.

Repentinamente se obscureció la luna que iluminaba la habitación, y al restablecerce la claridad, notó la niña, que el morrongo crecía . . . . crecía, como por arte de magia, hasta llegar a convertirse en un gallardo mancebo, que loco y apasionado caía a sus pies mas rendido que *Don Juan Tenorio* ante la hija del *Comendador.*

Otra niña en el caso de Leonor se habría asustado grandemente; pero esta, sin duda a causa de su especial estado, no hizo movimiento alguno, como si el suceso obedeciera a cosa natural y ya esperada.

---¿Eres tú, morronguito mío?---preguntó Leonor, estrechando la mano de la visión.

---Justo, yo soy el morronguito que tanto te ama.

---Ay! No sabes el gusto que me das al oirte hablar como las personas.

La visión sonrió ol oir esta lisonja y precipitándose al cuello de la niña, la cubrió de ardientes besos.

---Basta, basta, morrongo. A ver si me arañas y entonces te pegaré.

Pero el nuevo gato no hizo caso, siguiendo sus caricias y quizás dejando para mas tarde lo de sacar las uñas.

Aquella escena de pasión inmensa no podía durar mucho tiempo; y Leonor jadeante cayó en el lecho quedandose profundamente dormida.

. . . .

. . . .

Al otro día cuando despertó trató de buscar al gato transformado en mancebo; pero solo se encontró al morrongo autentico, roncando tranquilamente a los pies de la cama.

Aquella soñadora cabecita, empezó a dar vueltas y mas vueltas reconstruyendo hechos pasados y formándose infinidad de castillos en el aire.

El caso no era para menos, dado lo inverosimil y extraordinario de aquel suceso, que cada vez la ponía en mayor confusión.

Y nada, el *gato grande* había desaparecido, pues ni debajo de la mesa, ni detrás de las cortinas, ni en ninguna parte aparecía.

—¿Habré soñado—se preguntó Leonor?

Pero al mirarse en el espejo, al ver las azuladas ojeras y otras huellas evidentísimas en el desorden de la habitación, comprendió que el milagro de la transformación había sido una completa realidad, y rompió a llorar como una tonta.

Aquello fué una tentación del demonio, y ya estaba perdida y lo que es peor, en pecado mortal.

Asi, en un cruel estado de exaltación pasó algunas horas la pobre Leonor hasta que con ánimo decidido tomó en brazos el morrongo, y sentándose junto a la ventana se expresó dc esta manera:

—Morronguito; diablo o lo que seas, yo te pido que te presentes otra vez y deshagas lo hecho. ¿Lo oyes morrongo? ¿Lo oyes?

Y estrujaba al animalito sin compasión de ningún género.

En este momento y cuando ya a iba repetir la invocación, se oyó un ligero ruido entre el ramaje de la ventana y un papelito hecho muchos dobleces cayó en la falda de Leonor.

Esta se precipitó sobre la carta y leyó ansiosa lo que sigue:

"Adorada vecinita; soy un grandísimo pillo; pero mi padre que es un hombre honrado, me vió anoche escalar su ventana y hoy mismo hablará con su señora tía con objeto de pedirle la mano de su encantadora sobrina Leonor.

"Perdone Ud. la travesura que tan felices nos vá a hacer y no olvide que la ama con toda su alma:

EL MORRONGO.



Diálogos Domésticos.

Diálogos Domésticos.

La señora.—(Tomando la cuenta a la criada)---¿Porque ha comprado hoy menos papas que ayer?

La Criada.---Porque al amo parece no le gustan mucho.

La Señora.---Está bién---¿Que más trae en el canasto?

La Criada---Salmonetes vivitos.

La Señora.---Gasta Ud. demasiado.

La Criada,---Como al amo le gustan!

La Señora.---Está bién---¿Que más?

La Criada.---Dos potes de mostaza.

La Señora.---¿Pero que va Ud a hacer con tanta mostaza?

La Criada.---Ud. sabe que el amo no puede pasar sin ella.

La Señora.---Y dale con el amo.---Parece que tiene Ud. por él más ínterés que yo.

La Criada.---En mi afán de darle gusto.

La Señora.---Adelante.---¿Que otra cosa queda.

La Criada.---Cuadro docenas de ostras.

La Señora.---(Levantándcse enfurecida)---Esto si que no lo paso a mi esposo, y usted a la calle inmediatamente; conmigo y la criada vieja que teníamos antes, no necesitaba tantos "aperitivos."

o^o^o

En otra casa y en la escalera hablan la Señorita y la Criada.

La Señorita---ya sabe lo que le tengo dicho,

La Criada---No se me olvidará.

La Señorita.---Si llega mi esposo antes que yo, digale que ha ido a casa de mis tíos.

La Criada.---Así lo haré. ¿Pero porque se ha puesto tan torcido el sombrero?

La Señorita—Es una señal para que la entienda Luis.

La Criada.—¿El militar?

La Señorita.—Justo.

La Criada.—¿Y que quiere decir esa señal?

La Señorita.—Que no venga esta noche por que la cosa no anda bien.

La Criada.--¿Y por que no anda bien?

La Señorita.—Porque esta Noche espero al droguero de 9 á 10, al casero de 10 a 11 y a mi marido de 11 en adelante.

La Críada.— Si que tiene que hacer esta noche.

La Señorita—Y aun no sabes lo que haré esta tarde; conque adios y no olvides mis intrucciones.

(La Señorita se marcha y la críada se prepara a sostener otro diálogo con el asistente del Teniente Luis.)

(Se continuará)



IDILIO NUEVO.

IDILIO NUEVO.

Donde menos se piensa salta un idilio; y como ando a caza de estas cosas por entretener a mis amados lectores, allá vá lo último de que me he enterado.

Rosa y Gabriel se amaban con ese candor propio de los pocos años; y aunque los ojos de los amantes habían hablado ya lo bastante para comprenderse, de sus labios no habían salido los juramentos y promesas propias del caso.

Gabriel, más decidido que la niña, pensó poner fin a aquella embarazosa situación y para ello se dirigió una tarde con Rosa al sitio más solitario del jardín donde habían colocado una estatua del niño Amor.

La niña se sentó sobre el césped y Gabriel se expresó de esta manera:

— ¡Caramba que mañana tan hermosa!

—!Oh, si!—contestó ella.

—Mañana de Abril, limpia y serena como tu frente de alabastro.

—¡Oh, si!

—¿Estás triste, Rosa?

—No estoy triste....pero siento un cosquilleo dentro del pecho que no sé a que atribuirlo.

—Pues yo si—Lo que tu tienes es una profunda herida.

—¡Ay, que miedo, Gabriel! Y donde tengo yo eso.

—Ahí, donde tú has dicho, en el pecho.

—¿Y quién mé ha herido?

—Esa figura blanca que está sobre el pedestal.

—¿El amor?

—Justo. El amor ha clavado en tu alma una de sus afiladas flechas.

—¡Ay Gabriel de mi vida. Tu ere s el médico qve yo necesitaba.

—Está bien; pero yo me encuentro en el mismo caso que tú.

—¿También estás herido? en el corazón por otra flecha de cupido.

—¿Y te duele mucho?

—Tanto o más que a ti pues presumo que mi herida es mayor.

—¿Y qué debemos hacer para curarnos?

—Querernos mucho.

—Ya nos queremos bastante.

—Aun es poco. Estas heridas de amor de restañan con besos y caricias.

—¿Y yo debo besar tu herida?

—Lo mismo que yo la tuya.

—Pero donde diablo la tienes?

—Ahora veo la tuya, en tus labios rojos, ven, acercate.

Aquí Rosa aproximó su carita a la de Gabriel y sonaron dos fuertes y apasionados besos.

¡Sublime idílico momento.!

Los ruiseñores que poblaban la enramada entonaron un sublime himno al amor de los amores.

La fuente cercana aumentó sus murmullos de aprobación, las flores se mecieron orgullosas en sus flexibles tallos y el sol asomó un ojo por entre las perfumadas enredaderas.

Nada tan bello ni tan interesante como aquel cuadro de amor, apadrinado por la madre naturaleza.

Rosa no pudo resistir tantas dulcísimas emociones y entornó los ojos.

Gabriel cogió una rosa de fragante perfume y, acercándose a Rosa, murmuró:

—Toma esta flor. ¿Ves sus bellos colores? Pues en ellos va la pasión que nos devora. Fíjate bien, amada mía y advierte que esta flor no tiene espinas. Así será nuestro amor....Un cielo de dichas sin pesares.

¡--Calla, calla, Gabriel mío, que mís párpados se cierran del goce supremo que me producen tus palabras.

Sí, Rosa mía....Yo también siento una pesadez en los párpados y una languidez....;¡Oh, si! Yo te amo....que sueño tengo......

—¡Oh, si!

—Tuyo y tu....mía....mia....miau......

Gabriel y Rosa despertaron a las dos horas, cuando los llamaron para comer.

....

....

Opinión de un sabio amigo mio sobre la influencia del sueño en el amor de estos purísimos seres.

Los dos eran tontos de capirote.

¿Verdad de Ud?





LA FLOR DE MARIA.

La Flor de María.

El jóven Andrés era un pillastre de siete zuelas; y como apesar de su picardía se aburría de lo lindo en la finca a que lo habían envíado sus tíos, decidió distraerse del mejor modo posible.

Y pensó en una linda jibarita hija de un *arrimao*, y en su prima Consuelo, también bella y apetitosa. Con una sola no hubiera tenido Andrés para matar su fastidio.

A los dos días de llegar se levantó temprano, se dirigió a la casita del *arrimao* y allí encontró a María arreglando unas flores que tenía en el batey.

—Mucho madruga Don Andrés, dijo esta en tono franco y alegre.

—Pues no creas que lo he hecho por otra cosa que por ver esa carita de gloria que está pidiendo que se la coman a besos.

Como verán mis lectores, Andrés no andaba con pañas tibios.

María se puso más encarnada que el clavel que tenía en la mano y bajó los ojos asustada de aquellas palabras que jamás había oido.

Andrés también debió pensar que se había descarrilado porque trató de tomar la vía franca.

—Vendes esas flores, María?

— No, señor; porque no me pertenecen.

—¡Como!

—Esto y todo lo que hay en la finca, es de sus señores tíos.

—Muy bien dicho. De modo que yo puedo llevarme la flor que se me antoje de las que veo.

—Si, señor.

—¿Y si la flor que yo eligiera fueras tú?

¿Yó?

—Pues claro. Te juro por tus ojos, que no hay flor que se iguale a tus f:escas y ssnrosadas mejillas.

—¡Don Andrés!

—Dime Andrés a secas.

—¡Eso sería demasiado.

En fin. ¿Me quieres dar la flor que yo desee?

—Elija usted.

—No, ha de ser la que tu quieras.

—Pues bien aqui está este clavel rojo.

—Y sin fijarse en lo que hacía estampó en la flor un purísimo beso. Andrés se estremeció de pié a cabeza y miró codiciosamente a la encantadora chica.

Otro beso menos corto, pero lleno de pasión fué a parar a las hojas del clavel, de labios de Andrés.

¿Y para que mas idilio?

Andrés juzgó que había suficiente y saltando la cerca cayó en brazos de la atribulada joven, que ni siquiera acertó a defenderse.

* * *

Andrés apuntó en su libro verde una conquista más y se fué derechito a su prima Consuelo. Ya hacía seis días que estaban juntos en el campo y no se habían franqueado aún los jóvenes parientes.

Y como la situación se hacía cada vez mas crítica, se decidió Andrés a suspender sus entrevistas con María, para dedicarse a Consuelo.

Esto lo notó María, sintió el abandono de Andrés y su corazón sufrió un rudo golpe.

Una mañana que se encontraba Andrés en el jardín con su prima Consuelo, llegó María de puntillas y se puso a escuchar lo que hablaban.

—Te digo que no me fío ni un poquito de tus promesas—decía Consuelo.

—Y yo te juro que no hay para mi, mas mujer que tú—añadió él.

—Pues bien. ¿Se puede saber de quien es ese clavel mustio que llevas en la solapa?

—De nadie.

—Mentira y mentira. ¿A que no me lo das?

Sino me pides otra prueba, lo que es esta bien poco que me cuesta. Toma.

Y andrés iba a entregar el clavel.

—Señor, esa flor es mía:—exclamó María interponiéndose entre los dos.

—Por fin salió lo que buscaba—dijo Consuelo soltando una carcajada.

Andrés se quedó avergonzado.

—Eso no se hace con una pobre como yo que tanto lo quería—dijo María rompiéndo a llorar como una Magdalena.

Consuelo enternecida ante los sollozos de la jibarita, se levantó, llegó hasta ella y le dijo cariñosamente;

—¿Pero de veras quieres a mi primo?

—Ahora ya no lo quiero—Lloro por mi flor, mi pobre flor despreciada y deshojada, después de haberla despojado de su suave aroma, ...

—¿Es la primera que das?

—¡No señorita. Por eso lloro; pues ya son cinco los que han deshojado mis flores. – ¡Ay señorita! ¡Cuánto pillo hay en el mundo.

Observaciones sobre la mujer.

Observaciones sobre la Mujer.

Es indudable que la mujer tiene sobre el hombre cualidades rarisimas y hasta especiales.

Su misma debilidad la hace vencer en más de una ocasión a su feroz adversario.

—¿Pero que diablo te ha salido en ese ojo? le pregunté a un amigo mío.

—Casi nada; un copazo que me arruinó anoche mi mujer.

—¿Y no la tiraste por el balcón?

—De eso traté al principio. Pero se me puso de rodillas, se abrazó a mis piernas, y como se pone tan guapa cuando llora, olvidé lo del ojo y me la llevé al cine.

—Porque ¿quién maltrata a una pobre mujer que llora y pide perdón de lo que ha hecho.

—Pues, sencillamente el que ha recibido el copazo.

—Tu no entiendes de eso. Pídele a Dios que tu mujer no se vuelva nerviosa y dejate de tonterías.

Pero no es solo la debilidad la cualidad especial que observamos en la mujer.

Existen otras muchas.

Yo conocía un amigo muy bien relacionado con todo lo bueno y sinembargo se moría de hambre y no

encontraba una colocación por más que importunaba al Alcalde.

Pues bien: lo que él no pudo conseguir en mucho tiempo, lo consiguió su mujer con una sola entrevista que tuvo con el alcalde.

Ya ven Uds. si la mujer posee especiales cualidades.

Aún hay más.

¿Han visto Uds. algun hombre con mantilla a la cabeza y flores en el peinado?

Yo si, a Fregolini: y les confieso que nada en este mundo me ha causado tan mal efecto.

Parece que el sexo se rebaja hasta el extremo de producir asco.

El hombre, no puede salirse de sus pantalones, sino quiere perder su autoridad.

Con la mujer ocurre todo lo contrario. Llevando en la cabeza un sombrero de hombre está . . . . . . superior, y si fuma hay que comérsela.

Vestida de hombre, ofrece sus formas con más seductores relieves que bajo amplias faldas.

¿Y que quiere decir esto?

Pues que la mujer, de todos maneras esta bien.

¡Ah! Se me olvidaba hacer constar que únicamente me refiero a las mujeres guapas.

A las feas que las parta un rayo..





UN SUEÑO A TIEMPO.

Un sueño a tiempo.

Jacinto y Lola pasaron un buen rato sin romper el silencio.

Lola fué la que habló en esta forma.

—Siento que te incomodes, hijo mío, pero te lo digo seriamente, esta noche es la última.

—¡Pero, mujer!

—No hay mujer que valga' demasiado indulgente he sido, recibiendote en mi cuarto cuatro noches seguidas.

—Y qué?

—Pero, necio: ¿Sabes tu lo que puede pasar por esas cuatro noches?

—Yo no.

—Pues yo si–Conque ya lo sabes, mañana hablas con mi madre, le dices que te quieres casar conmigo y entonces, no digo yo cuatro. sino las mil y una noches serán para tí, rico.

—¿Y ya no nos veremos más a solas como ahora?

¿Pero aun no estás contento?

Es que te quiero mucho.

—Pues modera tus impetus y piensa en lo que puede haber ocurrido en estas cuatro visitas.

—Me das míedo, Lola mía.

—No es para tanto, Jacinto. Conque ya lo sabes vete y mañana hablas con mi madre.

Y como no habia más asunto de que tratar se levantó la sesión y Jacinto se fué a su casa altamente preocupado.

Aun era de noche y el pobre jóven se dirigió a la cama con objeto de recuperar el sueño perdido reposando unas cuantas horas.

Por cierto que antes de apagar la luz vió una araña negra que corría por la pared.

—¡Algo malo me va a pasar, pensó Jacinto tapandose la cabeza con las sábanas, sin atreverse a dar un zapatillazo al animalejo.

Y pensando en la araña negra y en el misterio de las cuatro noches, se quedó profundamente dormido. El sueño fué muy original.

Primeramenre un coro de voces infantiles empezó a cantar en su oído:

—¡Pan, pan, pan!

Jacinto dió unas cuantas manotadas en el aire, como si quisiera espantar mosquitos, cambió de posición y vió ....¡oh prodigio de la innaginación! Cuatro angelitos rodeados de un nimbo de luz verde. Jacinto despertó despavorido y sentandose en la cama exclamó:

—Ahora lo comprendo todo. Las cuatro noches ......después la araña....los cuatro óngeles....justos y cabales.

Excuso decir a Uds. que el novio ni se presentó a a la madre de Lola, ni volvió a visitar más a esta.

Por que es lo que decía el chico con razon.

—Para eso me caso con la inclusa y aún salgo ganando.



PARÁLELO.



PARALELO

El teatro presenta esta noche deslumbrador aspecto.

En un palco se destaca el gallardo busto de una mujer de reputación dudosa.

Las miradas de los jóvenes se dirigen con pertinaz insistencia acribillando a miradas a la mujer hermosa.

Esta mira *sin ver* a un punto indeterminado resistiendo con valentía el violento ataque de las miradas de los impertinentes.

Para ella no hay mas mundo que *ella misma,* en aquellos momentos de los que piensa sacar el mayor partido posible.

Esta sola en el palco, faltando únicamente, para el mejor entender de los tontos, una tablilla en el frente que diga:

SE ALQUILA

Pero la mayor parte de los que la miran no necesitan letreros de esa indole, como lo prueba el siguiente diálogo sostenido en las butacas por dos jóvenes elegantes:

—Allí tienes a Luz solita y tan bella como siempre.

—Se conoce que terminó con Carlos.

—Claro, como que según se dice no le daba lo que ella le pedía.

—Pues chico, ignoraba eso.

—Hace unos cuantos días que él no le daba nada y por eso lo mandó a paseo.

—Fiate de las mujeres.

—Hombre, yo creo que ha hecho bien.

—Hasta cierto punto.

—¿Que querías que hiciera, la pobre?

—Eso es verdad.

—Y por eso vuelve a hacerse visible en busca de otro galán.

¿A quien desplumar?

—Y a quien brindar sus arrebatadores encantos.

—Me parece que te exaltas demasiado.

—Digo lo que siento porque creo estar hablando con un buen amigo.

—No debes dudarlo.

— Pues, te voy a ser mas explicito. Esta noche, después de la función, tendré mi primera entrevista con Luz.

—¡¡Apaga y vamonos!

—Sin guasa, te aseguro que me tiene trastornado desde hace tiempo.

—¿De modo que estás dispuesto a que te arrruine?

—Iré hasta donde ella quiera llevarme.

Así terminó el diálogo de aquellos jóvenes.

Hoy está de enhora buena. Ni un día vacante, ni una noche sola, ni un billete menos en su elegante cartera.

* * *

La noche está fría.

La lluvia, semejando hilos de hielo, cae poco a poco encenegando la calle y haciendo casi imposible dar un paso.

Son las diez de la noche. En el hueco de una puerta de una modesta casa, se dibuja la silueta de una mujer.

Uds. no la conocen. Yo sí Es una de esas pe-

cadoras que, como Luz, vende sus caricias. Es muy bella apesar de la vida que lleva. ¡Pobre Elisa! Apoyada en el quicio de la puerta mira silenciosa y triste como cae la lluvia.

Firme en un sitio, espera con ansia, como el cazador en su *puesto*.

Pero la noche no convida a aventuras galantes y pasa el tiempo sin resultado alguno para la infortunada Eloisa.

De vez en cuando turba el silencto el lejano paso de uu transeunte.

El corazón de Elisa se anima y late con más fuerza.. pero aquellos pasos cambian de rumbo, se alejan y por fin se pierden, quedando tan solo el monótono chapoteo del agua al estrellarse en las aceras.

—Mala sombra tengo esta noche—murmuró Eloisa.

Por fin se sienten pasos que se acercan: si, ahora, ahora no se equivoca.

El que a tal hora se acerca no está muy lejos del observatorio de Elisa. Esta saca la cabeza sin temor a la lluvia, tose ligeramente y exclama, dirigiéndose al desconocido:

---¿Adonde vás, rubio?

---¿Que haces ahí? ¡Elisa!

---¡Pepe!

---El mismo.

---Pues mira, has cambiado el color de mi pelo.

---Es una costumbre.

---Bueno. ¿Estás sola?

---Completamente.

---¿Ya has cenado?

---Todavía no.

---Pues hija, aquí tienes todo mi capital.

Y sin más preámbulos coloca en la mano de Elisa una moneda de medio peso.

La desdichada hace un gesto y sube la escalera seguida de su conquista.

*
* *

Luz y Elisa son igualmente bellas, pero ambas se cotizan a distintos precios.

Son dos joyas del mismo valor. Pero una se exibe en el elegante palco del teatro y la otra sobre el fondo oscuro de una puerta de casa pobre.

Cuestión de estuches.



UN CASO RARO.

UN CASO RARO

Me han contado una cosa estupenda; y aunque no lo quiero creeer por lo inverosímil, tengo especial gusto de trasladarles el cuento.

Cuentan las crónicas que hace cosa de un mes, día más o día menos, se presentó en un teatro de Boston una bellísima jóven ciclista, que hacía diabluras sobre una brillante máquina.

El público la aplaudía entusiasmado, tanto por lo arriesgado de su trabajo cuanto por tener más tiempo aquel portento de formas esculturales.

Y....ocurrrió lo que era natural que ocurriera.

Un señor de allí, inmensamente rico le ofreció su oro y su amor.

—Soy jóven,--dijo a la artista.—Tengo dinero de sobra y aunque estoy casado con una mujer divina, sin que esto sea tratar de eclipsar su belleza, me rindo ante Ud. y la ofrezco todo cuanto soy y todo cuanto tengo.

La ciclista escuchó con calma la declaración y contestó de esta manera:

—Nada nuevo me cuenta Ud. amiguito, pues estoy cansada de trastornar cerebros tan bien organizados como el de Ud.; pero antes de aceptar el ofrecimiento que me hace deseo saber si es digno de que yo le ame.

—A todo estoy dispuesto.—Exclamó el yanqui.

—Pues bién; deseo saber si su esposa es tan bella

como Ud. dice o si se trata de que, cansado de aguantar un fenómeno, se quiere desquitar conmigo.

—Deseo tener una prueba de lo que dice?

—Estoy dispuesto.

—¿Me quiere convidar a comer en su casa?

—Mañana a las once le enviaré mi automóvil.

—¿Tendrá celos su esposa?

—La tengo acostumbrada a recibir visitas de artistas.

—Pues hasta las once.

—Hasta las once.

....

....

Al día siguiente el americano y su esposa almorzaron juntos con la genial artista.

Esta quedóse prendada de la hermosura de su rival, tanto que la esposa del americano llegó a sonrojarse más de una vez de las miradas provocativas que le dirigía.

El almuerzo terminó en medio de la más franca alegría, y el opulento americano retiróse a sus habitaciones dejando juntos a aquel par de bellezas.

¡Oh! los americanos tienen mucha suerte.

La amistad entre la americana y la ciclista fué estrechándose por momentos, hasta el punto de no querer separarse una de la otra.

Y a todo esto el animal del marido sin conseguir una caricia de su bella amiga.

¿A que obedecía esto?

El pobre hombre comenzó a sospechar, hizo algunas gestiones, gratificó a los criados, y al fin vino a saber su desgracia. Mirando por el ojo de la llave del cuarto de su esposa, vió a esta en coloquio amoroso con un jóven de un parecido exacto con la hermosa ciclista.

—¡Era un hombre!—gritó sin poderse contener.

Y dándole un puntapié a la débil puerta, penetró

En el Mercado.

Salgan Uds. de casa una mañana temprano y diríjanse al mercado, que allí de fijo podrán pasar un buen rato observando diversas escenas, como hago yo muchas veces.

¿Quieren venir conmigo, que soy práctico, para que los ilustre? ¿Sí? Pues, vamos allá.

¿Ven Uds. aquella mujer gorda que está comprando garbanzos agorgojados?

Pues no son para ella sino para los infelices huéspedes de su hotel. Ahora se dirige a los puestos en que todo es más barato, porque está averiado.

Esa es una vieja recién casada con un vejete, viene todos los días a comprar *mariscos fuertes*. Cuando llega a su casa no lleva mas que eso y un pote de mostaza inglesa de la que se comen dos potes diariamente...... sin resultados prácticos.

Fíjense ahora en esa señorita que parece un arco de violín.

Esa no compra mas que desperdicios de carne para su perrito, que es su fiel amigo y compañero.

Y ahora vean aquella criada joven y buena hembra que viene por la acera de enfrente.---Esa tiene relaciones con un policía que le registra la cesta, se lo repasa todo para que no la engañen y le pide dinero para cigarrillos.

Después se comen unos chicharrones y se citan para el otro día en el mismo sitio.

Y esa que se acerca sin canasto ¿no les parece una guapa chica? Sí?

Bueno, pues ahí se quedan con ella.

Esta viene todos los días a buscar uno que le ayude a hacer la compra, y después se marcha acompañada de su inesperado *filósofo*.

Yo me he condolido alguna vez ante estas pecadoras y hasta he querido prestarles *mi ayuda* como otros. pero después me he arrepentido pensando que los que se dejan *caer en la tentación*, suelen levantarse con muletas.

